

Si necesitas que un deseo se haga realidad,
pídeselo a Papá Noel

La chica que salvó la NAVIDAD



MATT HAIG

Ilustraciones de CHRIS MOULD

En Navidad todo es posible, incluso lo más mágico puede ocurrir.

Es Nochebuena, pero nada está bien... Amelia está atrapada y la Navidad está en peligro. La magia está desapareciendo. Para que la Navidad ocurra, Papá Noel debe encontrar a Amelia. Con la ayuda de unos cuantos elfos, ocho renos, la reina y un hombre llamado Charles Dickens, el rescate de Amelia, empieza...

La chica que salvó la Navidad

¿**D**e verdad sabes cómo funciona la magia? ¿Ese tipo de magia capaz de conseguir que los renos vuelen por el cielo? ¿Ese tipo de magia que hace que Papá Noel recorra el mundo entero en una sola noche? ¿Ese tipo de magia capaz de detener el tiempo y hacer realidad todos los sueños?

Con esperanza.

Así es como funciona.

Sin esperanza, no habría magia.

Pero lo que hace que se produzca la magia en la víspera de Navidad no es ni Papá Noel, ni *Relámpago*, ni ninguno de los otros renos.

Sino todos los niños que quieren y desean que haya magia. Si nadie deseara que hubiera magia, pues no habría magia. Y como que sabemos que Papá Noel llega todas las Navidades, sabemos también que esa magia –o al menos ese tipo de magia– es real.

Pero no siempre ha sido así. Porque antes de que colgásemos calcetines y pasáramos las mañanas de Navidad emocionados abriendo regalos, hubo otra época. Una época muy triste, en la que muy pocos niños humanos tenían motivos para creer en la magia.

De modo que la primera noche que Papá Noel se propuso dar a un niño humano un motivo para ser feliz y creer en la magia, le tocó trabajar muchísimo.

Tenía los juguetes en el saco, el trineo y los renos preparados, pero en cuanto salió de Elfhelm se dio cuenta de

que en el ambiente no había la cantidad de magia necesaria. Viajó a través de la aurora boreal, pero su luz apenas brillaba. Y la razón de que hubiera unos niveles de magia tan bajos era que casi no había esperanza. Al fin y al cabo, ¿cómo va a esperar un niño que haya magia si no la ha visto nunca?

Por eso, aquella primera visita de Papá Noel estuvo a punto de no producirse. Y si al final se produjo fue gracias a una cosa. Gracias a una sola criatura humana. Una niña, de Londres, que creía firmemente en la magia, que esperaba y esperaba cada día a que se produjera un milagro. Una niña que creía en Papá Noel por encima de todas las cosas. Y fue ella quien lo ayudó justo en el momento en que sus renos empezaban a toparse con dificultades, puesto que la cantidad de esperanza que tenía acumulada en su interior aquella noche de Navidad, cuando se acostó en su cama para ir a dormir, sirvió para darle más luz al cielo. Y para darle a Papá Noel un objetivo, una dirección. Y así fue como Papá Noel empezó a seguir aquel hilillo de luz hasta llegar a la casa de la niña, en el 99 de Haberdashery Road, en Londres.

Y en cuanto hubo terminado, después de dejar a los pies de la cama llena de chinchas de la niña un montón de juguetes, la esperanza aumentó. La magia estaba allí, en el mundo, y se propagó hacia los sueños de todos los niños. Pero Papá Noel no se dejó llevar por la ilusión. Sin esa única criatura, esa niña de ocho años llamada Amelia Desealotodo, que albergaba con todas sus fuerzas la esperanza de que la magia fuera real, la Navidad nunca habría existido. Sí, los duendes, los renos y el taller y todo lo demás eran elementos imprescindibles, pero esa fue la niña que la salvó.

Ella fue la primera.

La chica que salvó la Navidad.

Y Papá Noel nunca lo olvidaría...

Un año más tarde...



Querido Papa Noel.

Hola, me llamo Amelia. Desea lo todo.

Tengo nueve años y vivo en el 99 de
Haberdashery Road, en Londres.

Pero eso ya lo sabes porque estuviste
aquí. El año pasado. Cuando me trajiste
regalos. Fuiste muy amable. Siempre he
creído que la magia es posible, incluso
en tiempos difíciles, y por eso fue
maravilloso comprobar que era verdad.

GRACIAS.

El caso es que vivo con mi mamá, Jane,

y mi gato, Capitán Hollín. A Capitán

Hollín lo encontré en una chimenea. Ya
sabes que las chimeneas casi nunca son
rectas, que tienen recovecos. ¿Lo viste
cuando pasaste por casa? Es precioso.

Pero a veces le roba sardinas al
pescadero y se mete en peleas con gatos
callejeros. Creo que se piensa
que es un perro.

Sé que eres un hombre muy ocupado,
así que me limitaré a decirte lo que me
gustaría por Navidad. Me gustaría:



1. Una escoba nueva para deshollinar las chimeneas.

2. Una peonza.

3. Un libro de Charles Dickens
(mi escritor favorito).

4. Que mi mamá se cure.

El número 4 es muy importante. Es más importante que el número 2.

Así que puedes quedarte con la peonza. Despertarme y encontrarme con todos aquellos regalos el año pasado fue mágico de verdad. Mamá era deshollinadora y ahora yo también lo soy. Ella ya no puede trepar por las chimeneas. Ya no puede hacer otra cosa que quedarse en cama y toser. Dice el doctor que solo un milagro podría curarla. Pero los milagros necesitan magia, ¿verdad? Y tú eres la única persona que conozco capaz de hacer magia.

De modo que lo único que quiero en realidad es eso.

Quiero que hagas que mamá se ponga buena antes de que sea demasiado tarde.

Eso es lo más importante que te pido. ❄️

Atentamente,

Amelia ❄️



El suelo tiembla

Emocionado, Papá Noel dobló la carta de Amelia y se la guardó en el bolsillo.

Cruzó el Campo de los Renos, cubierto de nieve, y dejó atrás el lago congelado. Mientras andaba, iba contemplando los tranquilos rincones de Elfhelm. El edificio de madera del ayuntamiento, la tienda de zuecos, el Banco de Chocolate y la cafetería del Pudín de Higos en el Gran Sendero, que no abrían hasta de aquí a una hora. La Escuela de Trineo y la Universidad Avanzada de Artesanía, las altísimas oficinas (desde el punto de vista de los elfos) de *El Diario de la Nieve*, en la calle Vodol. Sus paredes, construidas con galleta de jengibre reforzado, resplandecían con tonalidades anaranjadas bajo la clara luz de la mañana.

Entonces, mientras avanzaba trabajosamente por la nieve, y después de girar hacia el oeste para poner rumbo al Taller de Juguetes y las Colinas Boscosas, vio un elfo vestido con túnica marrón y zuecos del mismo color que caminaba hacia él. El elfo llevaba gafas y era un poco corto de vista, y por eso no vio a Papá Noel.



—¡Hola, Sosainas! —dijo Papá Noel.

El elfo dio un brinco, sorprendido.

—Oh, ho-hola, Papá Noel. Lo siento. No te había visto. Acabo de salir del turno de noche.

Sosainas era uno de los elfos más trabajadores del Taller de Juguetes. Era un poco rarillo y muy nervioso, pero a Papá Noel le caía de fábula. Tenía el cargo de Jefe Artesano Adjunto de Juguetes que Giran y Saltan, y en el taller siempre andaba muy ocupado y nunca se quejaba cuando tocaba trabajar toda la noche.

—¿Todo bien por el taller? —preguntó Papá Noel.

—Sí, por supuesto. Todos los juguetes que giran están girando y todos los juguetes que saltan están saltando. Tuvimos un pequeño problema con unas pelotas de tenis, pero ya está todo solucionado. Saltan más que nunca. A los niños humanos les encantarán.

—Me alegro —dijo Papá Noel—. Y ahora, vete a casa y duerme un poco. Y deséales feliz Navidad de mi parte a Manduca y Modosito.

—Así lo haré, Papá Noel. Estarán encantados de que los felicites. Sobre todo Modosito. Con lo que más le gusta ju-

gar últimamente es con un rompecabezas que lleva tu cara. Zangoloteo, el fabricante de rompecabezas, lo hizo especialmente para él.

Papá Noel se ruborizó.

—Jo, jo... ¡Feliz Navidad, Sosainas!

—¡Feliz Navidad, Papá Noel!

Y justo cuando estaban despidiéndose, los dos notaron una cosa rara. Un leve bamboleo en las piernas, como si la tierra temblase un poco. Sosainas imaginó que sería consecuencia del cansancio. Papá Noel imaginó que sería consecuencia de la emoción de pensar en el gran día y la gran noche que tenía por delante. Y por eso ninguno de los dos dijo nada.



El Taller de Juguetes

El Taller de Juguetes era el nombre del edificio más grande de Elfhelm, más incluso que el Ayuntamiento y que las oficinas de *El Diario de la Nieve*. Tenía una torre gigantesca y una nave inmensa, todo cubierto ahora por la nieve.

Cuando entró, Papa Noel constató que los preparativos iban viento en popa.

Vio elfos felices, sonriendo y cantando mientras realizaban las últimas pruebas a los juguetes: les sacaban la cabeza a las muñecas, probaban peonzas, se balanceaban a lomos de caballos balancín, leían libros aplicando la técnica de la lectura rápida, recogían mandarinas de los mandarineros, achuchaban peluches, hacían botar pelotas... La música de fondo la ponían los Cascabeles del Trineo, la banda más famosa de Elfhelm, que estaban cantando en aquel momento uno de sus temas favoritos, *Es casi Navidad (¡y estoy tan emocionado que me he hecho pipí encima!)*.

Papa Noel dejó el saco en el suelo antes de entrar en la nave.

–¡Buenos días, Papa Noel! –gritó sonriente una elfa llamada Hoyuelo.

El nombre de Hoyuelo era fácil de recordar porque cuando sonreía, y siempre sonreía, se le formaban hoyuelos en las mejillas. Estaba sentada al lado de Bella, la escritora de chistes, que trabajaba en el último chiste del año y

reía para sus adentros mientras devoraba un pastel de carne.

Hoyuelo le ofreció un caramelo de menta, y cuando Papá Noel abrió la tapa del bote de caramelos, apareció de pronto una serpiente de juguete.

—¡Socorro! —exclamó Papa Noel.

Hoyuelo empezó a revolcarse por el suelo con carcajadas histéricas.

—¡Jo, jo, jo! —rio Papá Noel—. ¿Cuántos botes de estos tenemos?

—Setecientos ochenta mil seiscientos cuarenta y siete.

—Estupendo.

En cuanto los Cascabeles del Trineo vieron que había llegado Papá Noel, cambiaron la canción y pasaron a tocar *El héroe de la chaqueta roja*, un homenaje para él. No era su mejor tema, pero todos los elfos se pusieron a cantar.



Hay un hombre vestido de rojo, cargado de regalos para todos los niños que duermen.

Un hombre alto con una barba blanca como la nieve, con unas orejas redondeadas realmente curiosas.

Nos enseñó a los elfos que la vida puede ser siempre tan feliz como el día de Navidad.

Viaja con sus renos por todo el mundo, repartiendo regalos a niños y niñas, cuyas esperanzas y sueños hace realidad.

Por eso queremos darle las gracias...

(¿Es una pintarroja?)

¡No!

¡ES EL HÉROE DE LA CHAQUETA ROJA!

Los elfos aplaudieron y Papá Noel se quedó aturullado, sin saber dónde mirar, de modo que dirigió su mirada hacia la ventana. Y entonces vio a alguien corriendo por la nieve en dirección al taller. Nadie más lo había visto, ya que nadie más tenía la altura suficiente para poder mirar por la ventana.



No era un elfo, Papá Noel lo vio enseguida. Era incluso más pequeño. Muy ligero. Muy grácil. Muy elegante. Muy amarillo. Muy veloz.

Y entonces, cuando se dio cuenta de quién era, salió del taller.

–Enseguida vuelvo, amigos –les dijo a los elfos cuando la música se calmó un poco–. Y el saco infinito está ahí, por si queréis empezar a llenarlo de juguetes.

Cuando Papá Noel abrió la puerta, ya estaba allí, con las manos en sus pequeñas caderas, doblada hacia delante, sin aliento.

–¡Duendecilla de la Verdad! –dijo, alegrándose de verla. Al fin y al cabo, no era muy frecuente que un duende vi-